

**Atributos y legitimidades del gabinete nacional:
Socio-historia de los ministerios de Economía e Interior en la prensa (1930-2009)¹**

Mariana Heredia (CONICET/IDAES/UBA) - Mariana Gené (CONICET/IIGG)

mar_heredia@hotmail.com

mariana.gene@yahoo.com.ar

Abstract

Si el presidencialismo argentino es señalado constantemente en los estudios políticos, poco sabemos sobre los ministerios que conforman el Poder Ejecutivo Nacional y sus transformaciones a través del tiempo. En este trabajo abordamos dos carteras fundamentales, que dan cuenta de racionalidades distintas y diversos modos de ejercer y reivindicar el poder estatal: Economía e Interior. A partir de los diarios publicados en ocasión del nombramiento de dichos ministros entre 1930 y la actualidad, rastreamos los atributos y legitimidades asociados con dichos espacios, los interlocutores y voces autorizadas para opinar sobre estos funcionarios, su protagonismo y visibilidad diferencial.

Introducción

Los distintos ministerios del gabinete nacional poseen especialidades, interlocutores y niveles de acción diferentes. Pero además dan cuenta de estilos de gestión y modos de hacer política distintos a través del tiempo. Es por ello que las credenciales de quienes están al frente de cada cartera y su visibilidad relativa varían históricamente y dan cuenta de transformaciones mayores en el Estado y la política.

Este artículo busca aportar conocimientos sobre las transformaciones operadas en las capacidades y trayectorias valoradas en el espacio público y político, la presencia de expertos en distintos ámbitos estatales y el tipo de discurso empleado para justificar la intervención de los diversos ministerios nacionales. En este caso, comparamos el ministerio de Economía y el ministerio del Interior. El primero, que ha adquirido creciente protagonismo en el último cuarto del siglo XX, instituye las relaciones entre política y economía, arbitrando de manera determinante en la relación entre mercado interno y externo, la orientación del desarrollo y la distribución de la riqueza nacional. El segundo, que suele definirse como el “organismo político por excelencia” (Oszlak, 2000), reserva para sí temas tan sensibles como la relación con los gobernadores provinciales y todo el entramado político subnacional, los vínculos con el sistema de partidos y los diversos representantes sectoriales.

La mirada socio-histórica rechaza toda reificación del mundo social y se interesa particularmente en la génesis de los procesos que estudia, buscando dar cuenta de transformaciones que se gestan en el tiempo, y de los tipos de relaciones que se consolidan o bien se revelan inestables en la historia. A su vez, la socio-historia permite comprender relaciones de poder históricamente situadas y restituir el sentido que los actores daban a sus actos, así como la manera que encontraban de justificarlos en distintos períodos (Noiriel, 2006: 3-9). Frente al refugio en el presente o el pasado inmediato que caracteriza a la mayor parte de la producción en sociología y ciencia política, emprendimos un estudio sistemático de largo plazo de los artículos publicados por los principales diarios nacionales en ocasión del nombramiento de los ministros de Economía e Interior desde 1930 a la actualidad. Realizamos un relevamiento de los diarios publicados durante la semana del nombramiento de cada funcionario, alternando los grandes diarios de cada época para registrar posturas ideológicas diversas.² Durante los siete días registrados para cada ministro se observaron todas las alusiones al flamante funcionario: desde las notas específicas sobre su nombramiento o su trayectoria, hasta las entrevistas, citas de declaraciones, o bien aquellos artículos en que simplemente se lo nombraba; comprendiendo también editoriales, notas de opinión y hasta secciones de humor gráfico.

Se registraron todas las referencias al ministro de Interior y de Hacienda, observando especialmente el espacio otorgado a los mismos, la importancia relativa acordada a estos ministerios frente a otras carteras del gabinete nacional, así como las cambiantes características que se jerarquizaron en cada momento. De esta forma, se registraron 60 sucesiones de ministros del Interior y las 72 sucesiones de ministros de Hacienda.³ Más allá de la rotación de elencos y de la frecuencia y magnitud de los comentarios que los acompañaron, nos interesamos en los contenidos de los artículos: la información provista, los atributos subrayados, los rasgos de personalidad aludidos.

En este sentido, el interés no apuntó a la veracidad o pertinencia de las informaciones mencionadas, aún menos a las posibles reacciones de los lectores involucrados. El valor de estos mensajes reside, en este caso, en su carácter de indicadores de la evolución de las modalidades de presentación y apreciación pública de los funcionarios elegidos. Nos preguntamos por el protagonismo de los ministerios y ministros considerados (así como por los argumentos que se movilizan para legitimar o estigmatizar su diversa acción en el Estado) desde los medios masivos de comunicación. Se trata entonces de un recorrido histórico y sistemático por la prensa nacional que intenta responder los siguientes interrogantes: ¿Qué importancia relativa se acuerda a cada uno de estos miembros del gabinete nacional? ¿Qué tipo de experiencia se remarca y cuál se soslaya en cada momento y en cada cartera? ¿Cómo se valoran las distintas credenciales a través del tiempo? y ¿Cuáles parecen ser más inestables y cuáles más permanentes? ¿Hasta qué punto puede afirmarse fundadamente que ha existido una transformación significativa en la importancia y los perfiles públicos de estos ministerios y sus altos funcionarios?

Una mirada sobre las transformaciones en los elencos ministeriales

Numerosos trabajos se han abocado a describir las características del sistema político en la Argentina haciendo hincapié en el fuerte presidencialismo, el delegacionismo y el “neo-decisionismo” en el ejercicio del poder (Quiroga, 2007; Novaro, 2001; Bosoer y Leiras, 1999). Estos análisis señalan la creciente concentración de la toma de decisiones en la figura presidencial, la personalización y la vulneración de la división de poderes, con el correlativo avance del Ejecutivo sobre las atribuciones del poder legislativo y judicial. En este sentido, muestran la proliferación de los decretos de necesidad y urgencia a partir del primer gobierno de Menem (Ferreira Rubio y Goretti, 2000) y la vulnerabilidad de las instituciones frente a esta forma de gobierno que hace uso, en forma estructural y permanente, de recursos de excepción reservados para las situaciones de crisis (Quiroga, 2005).

Pero a la par de este constante interés por la figura presidencial, pocos estudios se han ocupado de los ministerios que componen el Poder Ejecutivo Nacional. En efecto, en contraste con la indagación sobre el presidente, los interrogantes sobre las elites gubernamentales han tendido a ser fragmentarios. Este desinterés no se corresponde con la importancia acordada al tema por la sociología clásica desde Max Weber, ni con toda una tradición de investigación sobre la “profesión política” (Lagroye, 2003; Offerlé, 1999)⁴ interesada en el personal ministerial, sus características sociales, sus trayectorias y sus modos de reclutamiento.

En la literatura local existen, claro, antecedentes destacables. Si bien su objetivo específico no es estudiar a los ministros de Economía, Camou (1998) da cuenta del avance de técnicos sin credenciales partidarias en el ministerio económico desde 1976 y detalla la pertenencia institucional, la formación en universidades extranjeras y la creciente participación en redes internacionales de *expertise* de estos ministros y sus equipos de trabajo. Por su parte, Heredia lleva a cabo un análisis del equipo económico de Martínez de Hoz con la convivencia en el Ministerio de liberales tradicionales y liberales tecnocráticos (2004), así como del derrotero seguido por los ministros de Economía y sus equipos tras la vuelta de la democracia (2006). Finalmente, Dalbosco (2003) se ocupa específicamente del perfil de los funcionarios de los Ministerios de Economía, Obras y Servicios Públicos y Educación durante la presidencia de Alfonsín y las dos presidencias de Menem, indagando en algunas de sus principales características y sus modos de acceso al Estado.

Efectivamente, estos trabajos echan luz sobre la conformación de los elencos ministeriales y su relación con cambios mayores ocurridos en el seno de la sociedad y el Estado argentinos. En esta indagación, que se dirige fundamentalmente al ámbito económico, se revelan las lógicas técnicas operantes en el proceso de las políticas públicas –particularmente en grandes transformaciones tales como las reformas estructurales–, y la emergencia de nuevos actores en la mediación y transmisión de ideas y conocimientos específicos para la política. Se inscriben, así, en una vasta literatura que señala la creciente intervención de los economistas en ámbitos decisivos del Estado y la movilización de credenciales técnicas para actuar en política como una tendencia virtualmente global (Fourcade, 2006; Babb, 2001; Centeno, 1997; Markoff y Montecinos, 1994).

Pero aún cuando la presencia de actores que detentan saberes especializados en el accionar del Estado no es en absoluto novedosa (Camou, 1997), sí lo es el hecho de que la capacidad económica se haya convertido una credencial imprescindible en la profesión política (Dulong, 1996). En efecto, las propiedades y competencias que se valoran en el personal político son históricamente lábiles (Offerlé, 1996) y su estudio nos permite comprender los efectos que tienen sobre aspectos fundamentales de la vida política, tales como las formas de la competencia política, el estilo de representación y el contenido de las políticas públicas (Offerlé, 1999). Por tal razón, en el marco de los estudios sobre economistas y expertos en la región y en el mundo durante los últimos años, el trabajo con fuentes aquí propuesto nos permite realizar un análisis empírico de las credenciales destacadas en el caso argentino para evaluar la efectiva novedad de estas atribuciones y aportar nuevas pistas a esta nutrida discusión.

Esta atención en el ministerio económico invita a interrogarse sobre lo ocurrido en otras áreas que también han conocido profundas transformaciones. En este sentido, diversos trabajos subrayan los cambios en las relaciones entre el gobierno nacional y las provincias, susceptibles de haber impactado en las funciones y el protagonismo del ministerio del Interior. Oszlak (2000) ha señalado que los mecanismos de reforma del Estado lejos de producir su ausencia o radical minimización han operado una profunda metamorfosis en su fisonomía, dominio funcional y papel frente a la sociedad. El proceso de descentralización de responsabilidades y funciones desde el Estado central hacia los niveles subnacionales de gobierno que tuvo lugar a comienzos de la década del '90 resultó en un enorme traspaso de empleo público a la órbita de las provincias y los municipios. Este nuevo diagrama de poder multiplica la potencial discrecionalidad en la asignación de recursos y se convierte en un "precioso mecanismo de negociación política" (Oszlak, 2001: 10), ya que puede atarse el financiamiento público a acuerdos basados en contraprestaciones, favores, alianzas y aceptación de compromisos. Dicha redefinición de responsabilidades se ha correspondido con una reasignación de recursos: el achicamiento del Estado nacional en virtud de los estados subnacionales y del mercado, encontró su contrapartida en un sobredimensionamiento político. Efectivamente, se incrementaron los puestos en las jurisdicciones más políticas de la administración pública central: la Presidencia y el Ministerio del Interior; y el Estado nacional devino fundamentalmente un aparato orientado a funciones políticas y coercitivas (López, Corrado y Ouviaña, 2005: 126). Esta mutación profunda en el perfil institucional del conjunto del aparato estatal se revela en un proceso *inflación política* (Orlansky, 1995: 389)⁵ que hizo del ministerio del Interior un "poderoso órgano de vinculación política, técnica y financiera con los gobiernos provinciales y municipales" (Oszlak, 2000: 10).⁶

En suma, el proceso de "inflación política" da cuenta de una renovada importancia de los puestos más políticos del gabinete nacional, a la par de la creciente preeminencia de los técnicos-expertos en economía durante las últimas décadas. Resulta interesante pensar estas distintas lógicas de construcción y ejercicio del poder del Estado, y las consecuencias más generales que tienen en la relación entre la sociedad y el Estado. La observación de las competencias y trayectorias de quienes ocupan estos espacios de poder, así como de la diversa valoración que se les acuerda en el tiempo, constituye un primer paso en este sentido.

Un largo camino de ascenso: los ministros de Economía en el seno del gabinete nacional

De la ausencia de los perfiles ministeriales al desembarco de los técnicos

Si a fines del siglo XX los ministros de Economía recibirían una atención privilegiada en los diarios, a principios de la década la situación era muy disímil. La información que la prensa presenta sobre los ministros que asumen esta cartera de gobierno entre 1930 y 1950 es llamativamente escasa. Las noticias que siquiera nombran a los flamantes ministros de Economía son muy pocas: en la década del '30 la media de notas diarias que hacen alusión a ellos en la semana de su nombramiento es de 0.8, y este número desciende a 0.7 en la década del '40. Además de esta presencia casi marginal, los aspectos que se resaltan en los matutinos tienden a referirse más a las circunstancias del nombramiento de los ministros que a los ministros mismos.

Ciertamente, los diarios de estas décadas reportan las sucesiones de ministros con pocos comentarios específicos. Por un lado, el lugar ocupado por el ministro de Hacienda en la prensa no es superior al de

otros funcionarios del gabinete nacional: comparten este espacio los ministros de Interior, Agricultura, Relaciones Exteriores e Instrucción Pública. Por otro lado, se consignan gran cantidad de detalles que consideraríamos hoy insignificantes: los asistentes a las ceremonias de asunción, los saludos, las vestimentas, los horarios exactos y los lugares en que se desarrollan las reuniones. Por el contrario, escasas veces se elabora un perfil del ministro que asume y se informa sobre su trayectoria. Asimismo, es significativa la ausencia de declaraciones de estos nuevos funcionarios. Aún cuando asuman en medio de crisis económicas o profundos reordenamientos dentro del gabinete, se niegan a efectuar declaraciones o sólo esbozan algún vago comentario que torna difícil predecir la impronta que caracterizará su gestión. No se reseñan, tampoco, su formación u orientación económica, ni se sugiere si representan un cambio o una continuidad con respecto al ministro anterior. En definitiva, las páginas del diario no permiten advertir las implicancias del nombramiento para el rumbo de la política económica.

En las décadas siguientes, la información que se brinda sobre quienes dirigirán las finanzas del país es notablemente mayor, aunque los perfiles son elaborados todavía de forma poco sistemática. En efecto, ciertas asunciones cuentan en su cobertura con una historia del recorrido del ministro hasta llegar al puesto, mientras que otras sólo refieren a su último cargo. Además, si bien comienzan a ganar mayor importancia, también en estas décadas existen otros ministros disputándole al responsable de la cartera económica su protagonismo: ellos son fundamentalmente el ministro de Trabajo, el de Interior y el Canciller.

Aún cuando la década peronista multiplicó los ministerios abocados a temas económicos,⁷ la tendencia general de otorgarles poco espacio en los medios no se vio alterada: los ministros se presentan como fieles al “proyecto justicialista” (*La Nación*, 4/6/1952: 2), pero continúan despertando poca atención de los grandes periódicos. De hecho, la media de noticias diarias que refieren al ministro de Economía en la semana de su nombramiento durante la década del ‘50 es de apenas 1.0. Por su parte, cuando se formulan perfiles de quienes ocuparán la cartera de Hacienda, éstos dan cuenta de una fisonomía particular: suele valorarse la pertenencia partidaria, la militancia, la experiencia ejecutiva y/o parlamentaria en su trayectoria. Son numerosos los nuevos funcionarios de quienes se destaca su paso por entidades bancarias o planificadoras del Estado.

La época que se abre con la Revolución Libertadora (1955) y sobre todo con el gobierno de Frondizi (1958-1962) supone un salto en términos de visibilidad y un punto de inflexión en lo que refiere a la presencia de expertos económicos. La media diaria de noticias publicadas crece hasta alcanzar el 2.1, y el espacio dedicado a las declaraciones ministeriales también se expande notablemente. En esta década ocuparán el Ministerio figuras con inédita visibilidad: Adalberto Krieger Vasena, Álvaro Alsogaray, Roberto Alemann, José A. Martínez de Hoz y José Dagnino Pastore. También es en este período que comienza a otorgarse relevancia a los “equipos” económicos. Ya desde su primer nombramiento, durante el gobierno de Frondizi, *La Nación* resalta la importancia de que se hubiera permitido al ministro Alsogaray nombrar a su propio equipo de colaboradores, en lugar de que éstos fueran elegidos por el Presidente de acuerdo a los usuales “criterios ocasionales, que excluyeron casi siempre a los técnicos para puestos en que es indispensable el dominio de una especialidad” (*La Nación*, 25/6/59: 6). En el caso de Alemann, el mismo matutino señala reiteradamente su carácter de experto económico y demanda “que ninguna interferencia política pretenda torcer la orientación técnica” que viene a imprimir el nuevo ministro (*La Nación*, 29/4/61: 6). También en los diarios de la década del ‘60 comienzan a destacarse notas consagradas a la repercusión de los nombramientos de ministros en el extranjero, fundamentalmente en Washington y en el Fondo Monetario Internacional.

La afinidad electiva entre militares y técnicos

Diversos autores han señalado la “afinidad electiva” que unió históricamente a expertos económicos sin filiaciones partidarias y militares al frente de gobiernos autoritarios (Canelo, 2004; Heredia, 2007; Silva, 1997). Ambos actores se han caracterizado por un discurso pretendidamente apolítico y que reclama para sí la capacidad de ubicarse por encima de los conflictos sociales. Pero este acercamiento no sería sólo el resultado de cierta afinidad ideológica, sino también de necesidades prácticas: los militares no contaban con una masa de militantes entre los cuales reclutar a sus cuadros

gubernamentales y los expertos con orientaciones menos populares encontraban en los gobiernos autoritarios una vía posible para acceder al poder.

Ya desde el primer golpe de Estado, se señala que el General Uriburu buscará dar “el menor carácter político posible al nuevo ministerio” (*El Mundo*, 18/4/1931: 25) absteniéndose de nombrar “políticos militantes” como lo había hecho el gobierno anterior. Más tarde, en 1943, durante el gobierno del General Ramírez, se observaría que el nuevo ministro “No es, por cierto, un político, y esto explica en parte que disfrute de vivas simpatías en todos los círculos” (*La Nación*, 8/6/1943: 6)⁸.

Acentuando esta tendencia, el derrocamiento de Perón en 1955 constituye un salto cualitativo en la importancia acordada a los funcionarios técnicos y en particular a las autoridades económicas. El ministro de Hacienda toma largamente la palabra en los medios para denunciar en la primera página de los diarios “la demagogia y el autoritarismo” del régimen derrocado (Eugenio Blanco en *La Nación*, 19/11/55: 1). El consejo de un célebre economista de la época, Raúl Prebisch, la asistencia internacional y los discursos de ciertos colaboradores del gobierno asocian esta tentativa restauradora con una legitimidad fundada en la técnica y la administración “honesta” y “racional”.

La afinidad entre gobiernos militares y *expertise* técnica llegaría a su paroxismo en la última dictadura. Los diarios le dedican un espacio mucho mayor a los temas económicos, predominan los cuadros y los análisis de las repercusiones concretas de la política económica. El suplemento económico de *Clarín* se ensancha hasta alcanzar las 12 páginas, y *La Nación* consagra cada vez más editoriales al tema económico. José Alfredo Martínez de Hoz es uno de los únicos dos civiles que ocupa un ministerio en el gabinete de 1976. Los diarios destacan de su trayectoria el hecho de haber ocupado previamente la cartera económica durante la presidencia de José María Guido, así como su presidencia en la Junta Nacional de Granos entre 1957 y 1958. Se resalta también su experiencia en el campo de la economía internacional, por haber participado de varias misiones del país al extranjero, así como el haber sido miembro del directorio de importantes empresas y vicepresidente de FIEL. También en el caso de Alemann se puntualiza que se trata de “un gran economista” (*La Nación*, 22/12/1981: 6) y se relata su amplia trayectoria en medios públicos y privados. Nuevamente se informan los nombres de sus colaboradores y se comentan las repercusiones del nombramiento en los mercados, además de citar declaraciones en las que se da cuenta de medidas probables, tales como la de “desestatizar donde sea necesario y conveniente” (*La Nación*, 23/12/1981: 1).

La prensa muestra cómo a partir de este punto de corte la economía comienza a diferenciarse cada vez más como una esfera específica que reclama para sí una mayor autonomía. Su especificidad y complejidad, su arrogada neutralidad y su fuerza para condicionar los demás ámbitos de gobierno irán conformando progresivamente un discurso que dividirá el campo entre “expertos” y “profanos”. Pero la centralidad acordada a los tecnócratas no quedaría circunscripta a los gobiernos de facto, sino que lograría traspasar las fronteras de la democracia.

La transición democrática y las legitimidades en conflicto

Aun cuando los elencos tecnocráticos hayan ganado un espacio privilegiado durante este tiempo, los modos más tradicionales de reclutamiento de colaboradores no cederían fácilmente su lugar. Durante la gestión de Alfonsín asistimos, a través de la prensa, a una centralidad indiscutida del ministro de Economía con respecto a todos los demás ministros del gabinete nacional, y a una notable oscilación en las capacidades consideradas legítimas para la conducción de dicha cartera. La media diaria de noticias por semana de nombramiento crece significativamente, para llegar al 5.2 en la década del ochenta. De este modo, las notas acordadas al ministerio se multiplican, dando lugar a entrevistas, comentarios de expertos sobre quien asume, repercusiones en el extranjero, perfiles de las segundas líneas, análisis de las posibles opciones de política económica, fotos y discursos.

En un movimiento en las credenciales valoradas que puede ser caracterizado como *pendular* se alternan al frente de dicha cartera la figura del “hombre de confianza-economista de partido” y la del “técnico-experto”. Este movimiento se inicia con la llegada de Bernardo Grinspun al Ministerio de Economía, cuyo perfil es claramente el de un político, el “economista de partido” y cuadro del radicalismo que se jacta de formar el equipo económico con amigos de la juventud y de la “lucha universitaria” (*Clarín*, 11/12/1983: 4). Es caracterizado por los diarios como un hombre de extrema

confianza y amistad con el presidente, y se remarca su desempeño como Secretario de Comercio durante el gobierno de Illia y el hecho de haber sido uno de los fundadores del Movimiento de Renovación y Cambio al interior del radicalismo en 1972.

Sin embargo, poco más de un año después, esta legitimidad fundada en la pertenencia partidaria y la militancia iría perdiendo espacio para dar lugar a la figura de Sourrouille, de perfil antagónico al ministro radical. Lo que se resaltarán entonces será la adscripción técnica, el prestigio académico-científico, la capacidad de resolver problemas basada en la posesión de un saber específico, que aseguraría su eficacia (Heredia, 2006). Juan Vital Sourrouille llega al ministerio de Economía desde la Secretaría de Hacienda de Alfonsín en medio de elogiosos comentarios de políticos y funcionarios, al tiempo que Grinspun lo deja entre feroces críticas de todo el arco político (*Clarín*, 19/2/1985: 2-3).

Sourrouille se presenta como un economista que no está siquiera afiliado al partido radical (*Clarín*, 24/2/1985: 14) y se comenta incluso que incluye en sus equipos técnicos, economistas cercanos a la oposición. En contraposición, la prensa indica que el nuevo ministro se encuentra “más habituado a los análisis económicos que a las discusiones políticas” (*Clarín*, 19/2/1985: 2) y se lo caracteriza como un “experto” que, con su llegada, iniciará un proceso de “modernización” (*Clarín*, 21/2/1985: 14)⁹. Por otra parte, su equipo de trabajo recibe una atención privilegiada. Tanto es así, que ya no sólo se nombra a los colaboradores del ministro sino que además se elaboran perfiles de quienes ocuparán las Secretarías más importantes, se entrevista a Canitrot y Machinea, y se recaban opiniones sobre ellos en diversos ámbitos.

Pero esta etapa “profesionalista” que duró casi cuatro años, encontraría una vez más su contrapartida en la llegada al Ministerio de Economía de un político de carrera: Juan Carlos Pugliese. Aunque su llegada a la cartera económica se ve fuertemente influida por los designios del candidato radical a la presidencia y el desgaste del equipo de Sourrouille ante la imposibilidad de frenar la inflación; es interesante constatar la nueva reivindicación de la política como práctica que debe orientar el ritmo de la economía. Pugliese se desempeñaba como titular de la Cámara de Diputados y había ocupado ya el Ministerio de Hacienda durante el gobierno de Illia. El diario señala elogiosamente que contará con mayor “poder político” por detentar un amplio y compacto apoyo del partido radical (*Clarín*, 1/4/1989: 3) y que además su carácter “negociador” en el ámbito parlamentario le hizo cosechar el respeto de los demás partidos (*Clarín*, 1/4/1989: 4). El nuevo ministro no sólo reivindica todo manejo de lo económico como “eminente político” (*Clarín*, 4/4/1989: 8), sino que además se burla de la pericia portada por el saliente funcionario, y hace alusión al lenguaje “difícil” e “intrincado” de Sourrouille, de forma despectiva (*Clarín*, 4/4/1989: 8).

En suma, observamos en esta década un movimiento oscilante entre la valoración eminentemente política o técnica del responsable de Economía. Lo que se valora como “nuevo” y “moderno” en un momento, es luego criticado por “oscuro” e “intrincado”. Las credenciales requeridas para el cargo post-dictadura, serán entonces inestables, pero lo indiscutible será la absoluta centralidad de este cargo y su despegue en términos de visibilidad con respecto al resto de los ministros del gabinete nacional.

Paroxismo y ocaso del ministro salvador

Markoff y Montecinos (1994) se han referido al manejo de la incertidumbre como uno de los valores diferenciales acordados a los economistas en un mundo crecientemente complejo. Dado que los expertos económicos logran matizar el desconcierto, transmitiendo cierta previsibilidad, su figura cobra una centralidad inusitada en tiempos de crisis. La prensa mostrará este supuesto de “ministro salvador” que se ocupa de la economía en las más graves crisis recientes, aumentando otra vez el espacio que se le acuerda (la media diaria de noticias en la semana de su nombramiento llega a 7 durante la década del ‘90).

La llegada de Cavallo por primera vez a Economía da cuenta de la efectividad de los técnicos económicos para instituirse como imprescindibles en momentos de crisis. Su desembarco en el ministerio es cubierto por los diarios con una centralidad que opaca todas las demás noticias. Se dedican notas enteras al fenómeno de la Fundación Mediterránea y su capacidad para pasar del pensamiento a la acción política (*La Nación*, 1/3/1991: 13) y se redactan numerosos apartados sobre sus colaboradores, con los perfiles de economistas tales como Juan José Llach o Carlos Sánchez. La

nueva hora de los expertos ha llegado: los diarios enfatizan sus amplios contactos con el exterior, sus ámbitos de influencia y sus conocimientos especializados.

Años más tarde, el gobierno de la Alianza daría una muestra de la progresiva preponderancia del discurso económico sobre el resto de los ámbitos de gobierno. Al describir las características generales del gabinete inicial de Fernando de la Rúa, los diarios hacen hincapié en la sorpresa de que cuatro de los diez ministerios estén dirigidos por economistas (*Clarín*, 10/12/1999: 3). El valor acordado a esta profesión crece para ocupar espacios inéditos, como la cartera de Educación. La prensa destaca que Machinea es un hombre de extrema confianza de De la Rúa (*Clarín*, 10/12/1999: 6) y resalta su paso por la presidencia del Banco Central durante el gobierno de Alfonsín y su carácter de ex-asesor jefe de la UIA. Los discursos presidenciales hacen hincapié en la necesidad de ajustar y buscar el equilibrio fiscal a costa de sacrificios, y para esto se alude constantemente a Machinea y su equipo de técnicos justificando la necesidad de ese esfuerzo (*Clarín*, 11/12/1999: 5).

Paradójicamente, tanto economistas ortodoxos como políticos de carrera coincidirían en la “inevitabilidad” de las medidas de ajuste a partir de la década del '90. Una vez instaladas las reformas neoliberales y el dispositivo de la convertibilidad, no había actor experto capaz de conjurar perdurablemente la crisis, pero tampoco había quien pudiera cambiar el rumbo. Por su parte, la prensa casi no publicaría interpretaciones alternativas sobre la realidad económica durante toda la década (Heredia, 2008).

Con el nombramiento de López Murphy asistimos a la importancia más total otorgada por los medios gráficos al ministro de Economía, en una década donde la media de noticias por semana de nombramiento escalaría al 10.6. El diario está dedicado casi exclusivamente a su llegada y De la Rúa repite que se busca la confianza de los mercados y que espera que reaccionen positivamente a este nombramiento tan esperado (*Clarín*, 5/3/2001: 3). Diversos autores han enfocado la relevancia del clivaje local - internacional en el ascenso de los expertos económicos (Neiburg y Plotkin, 2004) y han apuntado que los nombramientos de estos ministros y funcionarios llegan a adoptarse como “señales” para los grandes centros económicos (Silva, 1997). La cobertura de los diarios muestra una valoración especial hacia los contactos fluidos con el exterior, estrechados en numerosos casos durante estadías de estudio en el extranjero,¹⁰ y sostiene recurrentemente que el ministro cuenta con el necesario prestigio y aval internacional (*Clarín*, 6/3/2001: 3-4; *Clarín*, 7/3/2001: 14).

De forma similar, la designación de Cavallo por segunda vez en la cartera económica es absolutamente dominante del espacio del diario. No sólo su peso relativo es mayor al del resto de los ministros, sino que casi hace desaparecer las noticias sobre otros ministerios. Los diarios publican opiniones en las que se afirma que él es el único capaz de atar el peso a una canasta de monedas, y que su nombre es sinónimo de convertibilidad y estabilidad de precios. Al presentar las ideas barajadas para enfrentar la crisis, *Clarín* (20/3/2001: 17) sostiene que hay consenso en que “Será un plan tan fuerte y audaz como la personalidad del Mingo”. En momentos de pánico, la figura de “ministro salvador” permite eludir abiertamente los compromisos políticos previamente asumidos.

Pero luego de una fuerte puesta en cuestión de la figura pública de los economistas en la Argentina, pareciera haberse operado un nuevo desplazamiento en el perfil de los ministros de Economía. En efecto, a partir del gobierno de Kirchner, los diarios retratan a los funcionarios con perfiles minuciosos, pero señalan ahora otras credenciales: el carácter de “cuadro político”, la militancia y el “industrialismo”.¹¹

El nombramiento de Felisa Miceli fue paradigmático a este respecto. Diversas notas se consagran al hecho de que por primera vez una mujer ocupa esta cartera de gobierno. A su vez, se resalta su paso por la UBA y su pertenencia al IDES durante la última dictadura: “un refugio de economistas que estaban en contra de la política de Alfredo Martínez de Hoz” (*Clarín*, 29/11/2005: 6). Se expone constantemente su oposición al estilo tecnocrático, tanto en dictadura como en democracia y se señala su “oposición” a la convertibilidad (*Clarín*, *idem*), al tiempo que detalla su no sumisión con respecto al Fondo Monetario Internacional¹². Los expertos a los que se consulta para construir el perfil de la ministra también han variado: es Aldo Ferrer quien se erige en voz autorizada para festejar su carácter de defensora de la industria. Por otra parte, ya no se hace referencia a estudios en el extranjero sino a la “militancia estudiantil en las filas de la izquierda”, y la rigurosidad económica se funde con datos

biográficos o anecdóticos. Además, se sugiere que con este cambio de estilo ya no existirá esa suerte de “superministro” y que el presidente conservará un fuerte poder de decisión sobre el ámbito económico (*Clarín*, 29/11/2005: 4). En el mismo sentido, durante el nombramiento de Lousteau se sostiene que “es muy crítico de su profesión” y se lo presenta como admirador de Keynes (*Clarín*, 10/12/2007: 6), al tiempo que él mismo afirma: “Me autodefino como un ex economista, porque me da vergüenza serlo” (*Clarín*, 13/12/2007: 13).

En definitiva, las credenciales que se movilizan para legitimar la responsabilidad al frente de la cartera económica han variado sensiblemente una vez más y hasta parecen poner en cuestión abiertamente aquellas que se construyeron como fundamentales durante décadas.

Hombre de confianza, operador político y eximio negociador: el ministro del Interior y sus credenciales seculares

La capacidad política como herramienta y el reclutamiento “puertas adentro”

Como hemos comprobado en el trabajo con diarios, durante las primeras décadas del siglo XX, el ministro del Interior compartió con el ministro de Economía su relativa importancia y visibilidad en el conjunto del gabinete nacional. De hecho, lo superó en los comienzos, siendo la media diaria de noticias para la semana de nombramiento durante la década del ‘30 de 1,4 (frente al 0.8 de los ministros de Economía) y de 1.8 para la década del ‘40 (frente al 0.7 de su par económico). Este protagonismo ligeramente mayor se mantuvo durante la década del ‘50 (donde la media de noticias es de 1.7 frente al 1.0 de los ministros de Hacienda), pero se vería definitivamente abandonado a partir del período desarrollista en adelante.

Sin embargo, aún cuando la cartera política no haya experimentado el proceso de ascenso revelado por los diarios y por la literatura especializada para la cartera económica, continuó teniendo a su cargo temas e interlocutores de especial relevancia para la dinámica política toda. Asimismo, su lugar en los diarios continuaría creciendo hasta la década del ‘90 –aunque en una curva mucho más suave que aquella delineada por los ministros de Economía- y tendría como responsables a algunos funcionarios que marcarían profundamente épocas y modos de hacer política en la historia del país.

Sin duda el gran desfasaje entre la atención acordada a uno y otro tipo de funcionarios, hace que poco sepamos sobre los ministros del Interior a través del tiempo. Este recorrido por los atributos y las trayectorias que se resaltan en ocasión de su nombramiento es, entonces, un primer rastreo para comprender sus características, sus interlocutores y sus niveles de acción en las distintas épocas.

Contrariamente a lo ocurrido en el Ministerio de Economía, donde las credenciales valoradas a través de los años van transformándose y alternándose, en Interior los atributos asociados al puesto se mantienen llamativamente estables. Ellos son, a grandes rasgos, el considerarse un “hombre de confianza” del presidente, el constituirse en un operador político sagaz, y el garantizar un buen diálogo con los partidos políticos y el resto de las fuerzas de la sociedad. Se valoran, además, la experiencia política, la militancia, la “lucha”, la larga trayectoria en uno o varios partidos y la capacidad de negociación. Frente a un ministerio que se iría recortando progresivamente como independiente y aséptico, la cartera de Interior reivindicará siempre públicamente la experiencia política y la adscripción ideológica como herramientas clave para desempeñarse en el Estado.

Así, desde el primer gobierno de Perón se presenta detalladamente a ministros como Ángel Borlenghi destacando su “prolongada acción gremial” y su “militancia en el Partido Socialista” (*El Mundo*, 4/6/1946: 2) al tiempo que él mismo se autodefinía rescatando esa trayectoria al afirmar “Soy hombre de lucha” (*El Mundo*, 5/6/1946: 6). Lo mismo ocurriría, por ejemplo, con el ministro Albrieu, de quien no sólo se resalta su temprana militancia en las filas del radicalismo para pasar al justicialismo una vez “iniciado el movimiento” (*Clarín*, 1/7/1955: 3), sino que se comenta pormenorizadamente su actividad parlamentaria y su desempeño como interventor federal en la Provincia de Mendoza. Los diarios informan que Perón lo recibe sosteniendo que se encuentran “entre compañeros y entre amigos” y quien deja el cargo le da la bienvenida recordando que se trata de “un gran trabajador de la primera hora del peronismo” (*Clarín*, 2/7/1955: 3).

En este mismo sentido, el primer ministro del Interior de Frondizi presenta a sus colaboradores destacando su personalidad “definida y combatiente” y “ligada íntimamente a las causas populares” (*Clarín*, 2/5/1958: 5), al tiempo que el matutino presenta al propio Vítolo como un aguerrido parlamentario que “no tuvo concesiones para quienes gobernaban discrecionalmente la República” (*Clarín*, 2/5/1958: 16). Pero además de destacar que se trata de un “espíritu luchador” (*idem*) se hace hincapié en una característica que se consolidaría como decisiva para el puesto con el correr de los años: su capacidad de negociación. En efecto, a partir de un desacuerdo sobre un acto de homenaje a las FFAA en que Vítolo termina logrando imponer el criterio del Poder Ejecutivo, el diario afirma: “No hay que olvidar que se trata de un hábil parlamentario” (*Clarín*, 5/5/1958: 12). Destreza, persuasión y compromiso parecen ser las principales habilidades para dirigir esta cartera durante las primeras décadas relevadas.

Por su parte, los ministros de los gobiernos militares suelen ser presentados haciendo alusión a sus largas carreras dentro del ámbito castrense y desmarcándose rápidamente del carácter “político” para basarse, en cambio, en su compromiso general con la Patria. De esta forma, durante la presidencia de Farrel, el ministro Descalzo afirma “Si no tengo ciencia, tengo conciencia, honradez y patriotismo. Jamás he tenido vocación política ni ambiciones de esta naturaleza...” (*El Mundo*, 23/10/1945: 8), y el General Liendo afirma al reemplazar a Harguindeguy que los objetivos a seguir son los trazados por las Fuerzas Armadas y que desea homologar lo que se hizo en la primera etapa del proceso (*La Nación*, 30/3/1981: 3). Sin embargo, la relación con los partidos políticos difícilmente pueda excluirse de la agenda de temas a tratar por los gobiernos de facto. Es por eso que en estos casos también se valora la “experiencia reciente en diálogo con representantes del poder civil” (*La Nación*, 22/12/1981: 8), y en numerosos casos se hace referencia al horizonte de modificación de la ley Sáenz Peña, el posible llamado a elecciones, la discusión del Estatuto de los Partidos Políticos, o el relevo de los interventores provinciales militares por responsables civiles (*La Nación*, 2/5/1962: 6; *La Nación*, 4/5/1962: 5; *Clarín*, 22/6/1970: 25; *La Nación*, 5/4/1981: 20).

Más allá de las diferencias que distancian a ministros de Interior pertenecientes a gobiernos democráticos o militares, una modalidad común es subrayada en todos los casos: el reclutamiento “puertas adentro”. Si las “redes de *expertise*” revelan cada vez más su presencia política y mediática, las preferencias cristalizadas en la dirección de la cartera de Interior darán cuenta de una conformación de equipos que se asienta en las propias filas del gobierno. En efecto, la gran mayoría de los ministros del Interior de los gobiernos democráticos son presentados como provenientes de la actividad parlamentaria, de las gobernaciones o ministerios provinciales. De hecho, de los 38 ministros que ocupan la cartera en períodos democráticos, el 76% pertenece a alguna de estas categorías, o bien es militante de años en el partido (como es el caso del “Coti” Nosiglia).¹³ Por su parte, los gobiernos de facto confían este puesto en numerosas ocasiones a los propios militares aunque el reclutamiento hacia adentro es menos acentuado que el de los partidos políticos. De los 22 ministros de facto, el 55% está constituido por militares, mientras que el resto lo ocupan en su mayoría abogados sin credenciales políticas reconocibles y, en menor medida, políticos radicales.¹⁴

Este reclutamiento “puertas adentro” sería casi total luego de la vuelta a la democracia;¹⁵ y los matutinos acentuarán aún más la importancia de la cercanía con el Presidente, la experiencia política y la capacidad de diálogo interpartidario como habilidades fundamentales de la cartera. Así, en el caso de Tróccoli se señala el afecto que cosecha entre sus compañeros de la UCR (*La Prensa*, 11/12/1983: 5) y en el de Nosiglia se comenta largamente su estilo decididamente político y su prolongada militancia en las filas del radicalismo (*Clarín*, 16/9/1987: 3, *Clarín*, 17/9/1987: 4). En este último caso, el ministro despierta un inusitado interés y se señala su carácter de “incondicional del Presidente” (*Clarín*, 17/9/1987: 4) y de influyente “operador político” (*Clarín*, 18/9/1987: 8).

La designación de Bauzá como primer ministro del Interior de Menem cosecha una elaboración de perfiles llamativamente similares: se destaca que la tarea política será llevada a cabo por una figura del “círculo íntimo”, que es sin duda “un cabal hombre del Presidente” y constituye su “principal operador” (*Clarín*, 9/7/1989: 20-21). Ciertamente estos atributos se mantienen constantes hasta el final de la década, y se enfatiza también la capacidad de negociación, la persuasión y el diálogo con los propios dirigentes y con aquellos de partidos opositores. En este sentido, el diario *La Nación* afirma que Menem habría sostenido desde 1990: “No se puede prescindir de Manzano, maneja muy bien a los

nuestros y a la oposición” (*La Nación*, 10/8/1991: 8) al tiempo que señala que se trata del “piloto ideal para el diálogo entre el oficialismo y el resto de los partidos” (*La Nación*, 10/8/1991: 1). Del mismo modo, se señala la capacidad de diálogo y de operar políticamente de Corach (*Clarín*, 4/1/1995: 3), y más recientemente, el ejercicio de “la gimnasia del diálogo político” del ministro Gabrielli obtenido en su paso por la labor parlamentaria (*Clarín*, 3/1/2002: 6), así como la “fama de operador full-time” de Florencio Randazzo (*Clarín*, 10/12/2007: 6). Por otra parte, en todos los casos se reconstruye afanosamente su trayectoria, dando cuenta de caminos políticos iniciados desde la juventud y de opciones ideológicas o lineamientos internos en los que se enmarcan o a los que representan: Tróccoli en la Línea Nacional, Nosiglia en la Junta Coordinadora, Bauzá y Manzano en el grupo dialoguista de “los celestes”, Storani en su paso por la Franja Morada y la Junta Coordinadora, etc. La militancia y la toma de posición en las ramas o agrupaciones internas parecen ser el sello propio de estos ministros cuya pericia se dirime en el éxito de sus negociaciones y compromisos políticos.

De una centralidad disputada: el ministro del Interior y el Jefe de gabinete

El protagonismo del ministro del Interior en los diarios es constante, aunque sin “picos” como en el caso del responsable de Economía. Su visibilidad en la prensa gráfica a través del tiempo se funda en temas tan diversos como la toma de juramento de los gobernadores provinciales, el jefe de Policía o el intendente de la Capital; las intervenciones federales a las provincias, el manejo de la fuerza pública o la relación con el resto de los partidos políticos. Por otra parte, durante los gobiernos de facto, o los que le suceden inmediatamente, su presencia también es crucial: se trata del encargado de informar sobre la posible firma del Estatuto de los Partidos Políticos, la reapertura del diálogo con los mismos, el levantamiento del estado de sitio, los proyectos de amnistía, la relación con los interventores generales, etc.

A grandes rasgos, podría decirse que el ministro del Interior se muestra en los diarios durante todo el siglo XX como el principal operador político dentro del gabinete nacional, y el “vocero informal” del Poder Ejecutivo. Cierto, él es quien informa lo acordado o discutido en las reuniones de gabinete, quien anuncia posibles medidas, notifica los actos oficiales y analiza cotidianamente la coyuntura política. Sin embargo, dicho protagonismo y su “monopolio del análisis político” en el seno del gabinete parece extenderse sólo hasta la mitad de la década del ‘90, en que su presencia se ve opacada y su rol parece ser disputado por una nueva figura que irrumpe en el campo político: el Jefe de Gabinete de Ministros. A partir de entonces, su carácter de “organismo político por excelencia” comienza a desdibujarse. En la prensa gráfica comienza a descender la media diaria de noticias, que luego de llegar al 2.5 se ubica en el 1.8 para los ministros nombrados desde el año 2000 a la actualidad. Por su parte, las menciones al Jefe de Gabinete crecen exponencialmente, y es él quien ahora comenta las principales cuestiones de actualidad política, justifica las decisiones más controversiales del gobierno o discute con los actores más diversos de la oposición.

Paradójicamente, este nuevo ministerio fue creado para contrabalancear el poder del Presidente. En efecto, la figura del Jefe de Gabinete se introdujo en Argentina con la reforma constitucional de 1994, producto de las negociaciones entre los dos partidos políticos mayoritarios, y su diseño institucional buscaba atenuar el presidencialismo. Sin embargo, en la práctica terminó oficiando como “mano derecha” del presidente y como un “ministro coordinador” a merced del Ejecutivo¹⁶. Por otra parte, existen pocas barreras a esta dinámica ya que, como explica Novaro (2001), el Jefe de Gabinete es virtualmente “indestituible” por el Congreso, dado que se necesita mayoría absoluta para desplazarlo. Ciertamente, su rol de negociador con distintos actores políticos es innegable, y más recientemente se le ha otorgado una cuota significativa de concentración de poder mediante la reforma de la Ley de Administración Financiera. Luego de un arduo debate, esta ley acordó al Jefe de Gabinete la capacidad ilimitada de redistribuir las partidas del presupuesto nacional, con excepción de los gastos reservados de seguridad e inteligencia (Cheresky, 2007: 68). De esta forma, no sólo se da carácter permanente a la delegación de responsabilidades propias del Congreso, sino que además se fortalecen las posibilidades de negociar voluntades, alianzas y favores tal como lo explicita Oszlak al evocar la imagen de un *Estado cajero*.

Comentarios finales

Este artículo ha intentado conjurar dos rasgos dominantes de los estudios políticos actuales: su refugio en el presente y su atención excluyente a la figura presidencial. El análisis histórico del gabinete nacional contribuye no sólo a evaluar la novedad/continuidad de los atributos y legitimidades de cada ministerio. En la medida en que el gabinete se ubica en la bisagra entre la acción del gobierno y la gestión estatal, su estudio permite conocer la delimitación y evolución de las distintas áreas de intervención pública a lo largo del tiempo. Esta intervención no ha sido necesariamente coherente ni lineal. La historia revela tanto las relaciones de colaboración y conflicto entre las distintas carteras ministeriales como la importancia diferencial que han ido adquiriendo cada una de ellas. De este modo, como complemento de las responsabilidades asignadas y las partidas presupuestarias concedidas, el análisis de la prensa contribuye a comprender qué carteras han ocupado la posición más activa, disruptiva y manifiesta y cuáles se han visto reducidas a un desempeño más rutinario, continuo e imperceptible. Este primer paso permite alcanzar algunas conclusiones.

En primer lugar, nuestros hallazgos respaldan la pertinencia de la selección realizada. Por un lado, un simple análisis cuantitativo de las nominaciones revela que el ministerio de Economía e Interior presentan las medias más altas de inestabilidad de sus altos funcionarios (ambos ministros fueron los que conocieron mayor recambio a lo largo del tiempo en el seno del gabinete nacional). Por otro lado, en la medida en que una parte de los nombramientos analizados coinciden con recambios integrales del gabinete nacional (con la asunción de nuevas autoridades) se constata la importancia creciente que la prensa acuerda a estos dos colaboradores del presidente. Por último, mientras otras carteras presentan combinaciones variables de los perfiles y atributos reseñados para los casos escogidos, el ministro de Economía y del Interior se destacan como dos casos bien diferenciados: mientras el primero revela la consolidación de credenciales técnicas específicas, crecientemente importadas de espacios ajenos a la vida partidaria, el segundo perpetúa competencias y orígenes estrechamente vinculados con la militancia política.

Un segundo aporte reside en la confirmación de ciertas rupturas y continuidades afirmadas por la literatura en la materia. A partir de la prensa podemos concluir que el ministerio económico ha conocido una transformación significativa en su modo de presentarse a la sociedad y que esa inflexión ha de rastrearse, primero en los años sesenta (con el desarrollismo) pero sobre todo desde los años setenta en adelante. La presencia y visibilidad del ministro del Interior en los medios ha sido, en cambio, constante con una cierta y leve inflexión a partir de la creación reciente de la Jefatura de Gabinete.

Finalmente, una mirada histórica sobre las credenciales valoradas en el ministerio político y el ministerio económico del gabinete nacional nos permite advertir constelaciones de atributos que se mantienen relativamente estables, propiedades que cambian a lo largo del tiempo y variaciones que se corresponden con grandes mutaciones en el Estado y la sociedad. Por un lado, en las trayectorias y capacidades jerarquizadas en los medios para ocupar el ministerio del Interior se subraya la relación estrecha con el presidente, la familiaridad y el diálogo con distintos actores de la vida nacional, la capacidad de negociación y comunicación, la singular alquimia entre convicciones y flexibilidad. Por otro lado, las trayectorias y capacidades imputadas a los ministros de Economía alternan entre estos mismos atributos y otros que subrayan los vínculos internacionales, los saberes específicos, la creatividad, respetabilidad e intransigencia de los funcionarios técnicos.

El análisis de los perfiles ministeriales permite rastrear la confrontación o la complementariedad entre dos tipos de atributos y legitimidades para intervenir sobre la sociedad. Huelga decir que la lucha por la significación trae aparejados efectos concretos en las prácticas sociales y en las relaciones de fuerza que las sustentan.

Bibliografía

Babb, Sarah: *Economists from nationalism to neoliberalism, Managing Mexico*. Princeton and Oxford, Princeton University Press, 2001.

Bosoer, Fabián y Leiras, Santiago: "Postguerra fría, decisionismo, neodecisionismo y nueva fase del capitalismo". En Borón, Atilio (ed.): *Tiempos violentos*. Buenos Aires, Eudeba, 1999.

Camou, Antonio. “Los consejeros del príncipe. Saber técnico y política en los procesos de reforma económica en América Latina”. En *Nueva Sociedad*, n° 152, nov. – dic. 1997.

Camou, Antonio: “Saber técnico y política en los orígenes del menemismo”. En *Perfiles latinoamericanos*, vol. 7, n° 12, 1998.

Canelo, Paula: “La política contra la economía: los elencos militares frente al plan económico de Martínez de Hoz durante el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1981)”. En Pucciarelli, Alfredo (coord.): *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004

Centeno, Miguel Ángel: “Redefiniendo la tecnocracia”, *Desarrollo económico*, n° 146, Buenos Aires, 1997.

Cheresky Isidoro: “La política después de los partidos políticos” y “Un signo de interrogación sobre la evolución del régimen político”. En Cheresky, Isidoro (comp.): *La política después de los partidos*. Buenos Aires, Prometeo, 2007.

Dalbosco, Hugo Luis: *Perfil de los funcionarios políticos 1983-1999*. Tesis de maestría, Universidad de San Andrés, 2003.

Dulong, Delphine: “Quand l'économie devient politique. La conversion de la compétence économique en compétence politique sous la Ve République”. En *Politix*, n° 35, 1996.

Falleti, Tulia G.: “Federalismo y descentralización educativa en la Argentina. Consecuencias (no queridas) de la descentralización del gasto en un país federal”. En Calvo, Ernesto y Abal Medina, Juan Manuel (editores): *El federalismo electoral argentino: sobrerrepresentación, reforma política y gobierno dividido en la Argentina*. Buenos Aires, Subsecretaría de la Gestión Pública - Proyecto de Modernización del Estado, (versión original: 2001), 2008.

Ferreira Rubio, Delia y Goretti, Matteo: “Executive-Legislative Relationship in Argentina: From Menem's *decretazo* to a new style?” Ponencia presentada en *Argentina 2000: Politics, Economy, Society and International Relations*, Argentine Studies Programme and St. Antony's College, University of Oxford, mayo de 2000.

Fourcade, Marion: “The construction of a global profession: The transnationalization of economics”. En *American Journal of Sociology*, n° 1, vol. 112, julio de 2006.

Heredia, Mariana: “El proceso como bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: FIEL, FM y CEMA”. En Pucciarelli, *op.cit.*, 2004

Heredia, Mariana: “La demarcación de la frontera entre economía y política en democracia. Actores y controversias en torno de la política económica de Alfonsín”. En Pucciarelli, Alfredo (coord.): *Los años de Alfonsín ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

Heredia, Mariana: *Les métamorphoses de la représentation. Les économistes et le politique en Argentine (1975-2001)*. Tesis de doctorado, EHESS, 2007.

Heredia, Mariana: “Entre reflexividad, legitimación y performatividad. El discurso económico en la instauración y la crisis de la convertibilidad”, *Crítica en desarrollo*, n° 2, segundo semestre 2008.

Lagroye, Jacques (dir.): *La politisation*. Paris, Belin, 2003.

López, Andrea; Corrado, Aníbal y Ouviaña, Hernán: “Entre el ajuste y la retórica: la administración pública tras veinte años de reformas”. En Thwaites Rey, Mabel y López, Andrea (editoras): *Entre tecnócratas globalizados y políticos clientelistas. Derrotero del ajuste neoliberal en el Estado argentino*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.

Markoff, John y Montecinos, Verónica: “El irresistible ascenso de los economistas”. En *Desarrollo Económico*, n° 133, abril-junio 1994.

Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano: *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 2004.

Noiriel, Gérard : *Introduction à la socio-histoire*. Paris, La Découverte, 2006.

Novaro, Marcos: “El presidencialismo argentino entre la reelección y la alternancia”. En Cheresky, Isidoro y Pousadela, Inés (comp.), *Política e instituciones en nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires, Paidós, 2001.

Offerlé, Michel: “Entrées en politique”. En *Politix*, N° 35, 1996.

Offerlé, Michel (dir.): *La profession politique, XIXe – Xxe siècles*. Paris, Belin, 1999.

Orlansky, Dora: “Crisis y transformación del Estado en la Argentina (1960-1993)”. En *Cuadernos de Estudios Empresariales*, n° 5, 1995, UCM, Madrid.

Oszlak, Oscar: “El Estado transversal”. En www.top.org.ar – Originalmente en Encrucijadas, Año I, n° 6, abril de 2001.

Oszlak, Oscar: “El mito del Estado mínimo: Una década de reforma estatal en la Argentina”, *IV Congreso Internacional del CLAD sobre Reforma del Estado y de la Administración Pública*, Santo Domingo, 2000.

Quiroga, Hugo: *La Argentina en emergencia permanente*. Buenos Aires, Edhasa, 2005.

Quiroga, Hugo: “La arquitectura del poder en un gobierno de la opinión pública”. En Cheresky, Isidoro (comp.): *La política después de los partidos*. Buenos Aires, Prometeo, 2007.

Sanguiao, Osvaldo J.: *Diccionario de ministros: de Urquiza a Menem*. Buenos Aires, Editorial Dunken, 1998.

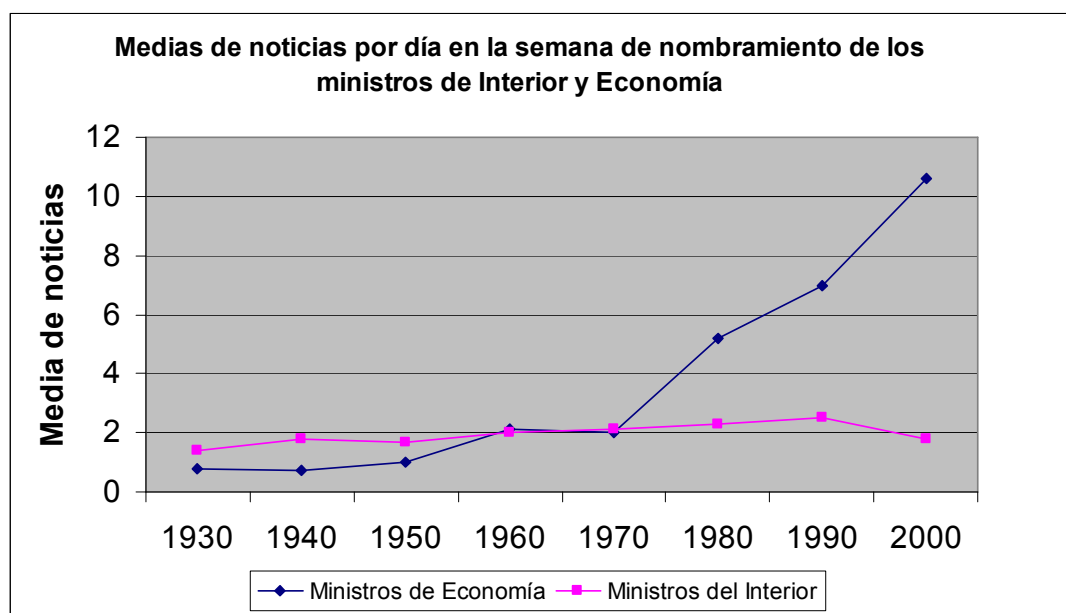
Sawicki, Frédérick : « Classer les hommes politiques. Les usages des indicateurs de position sociales pour la compréhension de la profesionalisation politique ». En Offerlé, Michel (dir.) : *La profession politique, XIXe – Xxe siècles*. Paris, Belin, 1999.

Silva, Patricio: “Ascenso tecnocrático y democracia en América Latina”. En *Nueva Sociedad*, n° 152, 1997.

Serrafero, Mario: “La Jefatura de Gabinete y las crisis políticas: el caso De la Rúa”. En *Revista SAAP*, vol. 1, n° 2, octubre de 2003.

Anexo

Gráfico 1. Media de noticias por día en la semana de nombramiento del ministro de Interior y Economía (1930-2008)



Notas

¹ Este artículo constituye una versión mejorada de una ponencia presentada en las V Jornadas de Sociología de la UNLP en diciembre de 2008. Presenta los primeros resultados de un programa de investigación en curso, “Socio-historia del gabinete nacional”, que incluye a los otros ministerios y es dirigido conjuntamente por Mariana Heredia, Mariana Gené y Luisina Perelmiter, en asociación entre el IDAES-UNSAM y el IIGG-UBA.

² Durante las décadas del ‘30 y del ‘40 alternamos el relevamiento de los diarios *El Mundo* y *La Nación*, mientras que para el resto del período nos basamos fundamentalmente en *Clarín* y *La Nación* (existe sólo una excepción para la semana del 10 al 16 de diciembre de 1983, en la que ninguno de estos diarios se encontraba disponible de forma completa en las hemerotecas de la Capital Federal, por lo que fue reemplazado por el matutino *La Prensa*). La curva de frecuencias de noticias dedicadas a cada Ministerio se incluye en el gráfico 1 del Anexo.

³ La cartera de Hacienda experimentó múltiples desdoblamientos a través de los años, con épocas en que convivían ministerios de Economía, Asuntos Económicos, Finanzas, Comercio e Industria. En dichos casos, hemos seguido la trayectoria del ministro principal (aquel que efectivamente ocupaba el Ministerio de Hacienda o Economía).

⁴ Para un relevamiento de los estudios clásicos y las aproximaciones recientes en las tradiciones inglesa, norteamericana y francesa, véase Sawicki (1999).

⁵ La autora muestra como, con la reforma del Estado, los cargos en el Ministerio del Interior y la Presidencia no sólo aumentaron en términos relativos sino que también crecieron llamativamente en términos absolutos (Orlansky, 1995: 389-391).

⁶ Si bien el estudio de casos particulares sobre esta articulación entre distintos niveles estatales es aún incipiente, Faletti (2008) realiza un análisis de las arduas negociaciones llevadas a cabo entre los gobernadores provinciales y los Ministerios nacionales de Interior y Economía en el proceso de descentralización educativa.

⁷ Entre 1946 y 1955 la cartera económica se dividió en ministerios de Hacienda, Economía, Asuntos Económicos, Finanzas, Comercio Exterior, e Industria y Comercio. De ellos, sólo el ministerio de Hacienda duró todo el período (Sanguiao: 1998).

⁸ El Dr. Antille, segundo ministro de Economía de Farrel, nombrado el 24/8/1945, constituye una excepción a este respecto: de larga trayectoria en las filas de la Unión Cívica Radical –partido por el cual había sido diputado y senador nacional, además de haberse desempeñado como abogado defensor de Hipólito Yrigoyen luego del golpe del ‘30- es fuertemente criticado por los miembros de la UCR, al punto de ser expulsado por haberse “solidarizado con la dictadura” (*El Mundo*, 24/8/1945: 14; *El Mundo*, 28/8/1945: 9).

⁹ En este sentido, los propios títulos de los apartados que lo presentan son sugerentes: “El perfil de un técnico” (*Clarín*, 19/2/1985: 2), “Sin rigidez ideológica” (*Clarín*, 20/2/1985: 5), “Favorable repercusión en Estados Unidos” (*Clarín*, 20/2/1985: 7), “Un equipo compuesto por profesionalistas” (*Clarín*, 24/2/1985: Suplemento Económico, p.12).

¹⁰ El diario *Clarín* describe a López Murphy como un economista ortodoxo, que dirige un centro de estudios de claro perfil liberal, y nombra a sus colaboradores: Viglione, Solanet, Artana, Navajas, describiéndolos con especial mención al hecho de que todos ellos han realizado estudios en el exterior y son expertos en un tema específico (*Clarín*: 9/3/2001: 3).

¹¹ Ya el propio Lavagna, al asumir en un hondo clima de crisis en abril de 2002 deslizaba algunas críticas hacia los economistas y a la imposibilidad de discutir que generaban “los extremos, entre los ortodoxos y los heterodoxos” (*La Nación*, 27/4/2002: 5).

¹² “La futura ministra no es lo que justamente les podría agrandar a los burócratas del organismo financiero en Washington. Ella, por ejemplo, se negó a privatizar el Nación, un reclamo del Fondo.” (*Clarín*, 29/11/2005: 6).

¹³ Puede mencionarse como excepción a Rocamora y Damasco, durante la presidencia de Martínez de Perón.

¹⁴ Hortensio Quijano, que se desempeñó como Ministro del Interior durante la presidencia de Farrel, sería luego vicepresidente de Perón. El otro caso de afiliado radical ocupando el ministerio en un gobierno de facto es el de Mor Roig durante la presidencia de Lanusse.

¹⁵ La única excepción la constituye Gustavo Béliz, que no tenía hasta su llegada al cargo una larga trayectoria en la política, sino que se había desempeñado fundamentalmente como periodista. De todos modos, en el período inmediatamente anterior a su nombramiento como Ministro del Interior había ocupado la Secretaría de la Función Pública (1989-1992).

¹⁶ Para un detalle pormenorizado de la creación de la figura del Jefe de Gabinete, así como de su función y desempeño durante el menemismo, véase Novaro 2001. Asimismo, para un análisis de las expectativas generadas por esta figura novedosa en el diseño institucional argentino y su funcionamiento efectivo, en particular durante el gobierno de De la Rúa, véase Serrafiero, 2003.